

Pepitica

María Teresa Gabarain Aranguren

HIRIA

A Carmen Parra y a Mercedes Lizasoain

Índice

| | | |
|---------------|-----------------------------------|-----|
| LIBRO PRIMERO | Un don sin din..... | 11 |
| LIBRO SEGUNDO | Chactas y Atala..... | 27 |
| LIBRO TERCERO | Las institutrices de Bayona | 71 |
| LIBRO CUARTO | En la pérfida Albión | 117 |
| LIBRO QUINTO | En la corte de don Carlos | 147 |
| LIBRO SEXTO | En la Barranca | 183 |
| LIBRO SÉPTIMO | Bella Rebeca..... | 199 |

LIBRO PRIMERO

Un don sin din

1

Nací en 1814 en un pueblo de la Barranca de Navarra aunque no doy nombres para evitar habladurías. Mi familia era hidalga pero sin muchas rentas y vivíamos en una casona con escudo en la fachada. Lo que dicen un don sin din...

Mi abuelo, don Miguel de Astiz había sido un mozo inquieto que no se contentó con su raquítrico mayorazgo y se fue a las Américas donde sirvió al rey y a la Compañía Guipuzcoana de Caracas hasta hacer dinero y poder casarse con una señorita de buena dote. Como muchos hombres audaces, era más capaz de amasar una fortunita que de administrarla y se metió en negocios con gente poco recomendable. Para colmo, al morir mi abuela, se volvió a casar y la segunda mujer debió de ser guapa, pero sin un maravedí. Del primer matrimonio tuvo a mi padre y a la tía María Josefa. ¡Suerte tuvo en casarlos bien! Del segundo matrimonio le vivieron dos varones a los que consiguió Beneficios en la parroquia, aunque tuvo que pelearse con medio ayuntamiento. Cuando yo tenía cuatro añicos, murió la madrastra de papá y a los pocos meses ya andaba el abuelo buscándose novia con gran espanto de la familia, pues como estaba muy fuerte aún era seguro que podía tener más hijos... Antes de que ocurriera el desastre, tuvo un ataque de apoplejía en el ayuntamiento cuando se estaba peleando con el alcalde y aquella misma noche murió como buen cristiano.

La hacienda que poseía pasó a mi padre José Julián que tenía las virtudes contrarias y que si no era capaz de hacer dinero, no despilfarraba un real. Mamá era guipuzcoana y también de familia hidalga. Era muy bonita, a pesar de haber

tenido seis hijos de los que vivíamos mi hermana Nicolásita que me llevaba siete años, mi hermano José Tomás que me llevaba cinco y yo que era la tardanica. Nicolásita era para mí como una segunda mamá, pero José Tomás disfrutaba haciéndome rabiar. Los tíos curas decían que yo le hacía muchísima gracia al abuelo y que mi hermano estaba celoso.

Cuando cumplí los seis años subí con mi familia a San Miguel por la fiesta del Corpus. Fueron todos a pié, menos mamá y yo que íbamos en una mula. El tío Miguel dijo la misa y luego me tocaron la frente con las cadenas de Teodosio de Goñi. Desde entonces he sido gran devota del santo arcángel que me ha sacado de apuros sin yo merecerlo. Al final del verano llevaron a Nicolásita al colegio de la Compañía de María de Tudela y yo me quedé solica...Dios sabe la tristeza que me entraba al despertar y no verla a mi lado y como me aburría jugando en el jardín sin mi hermana. He tenido grandes penas en esta vida pero aquellos años fueron de lo más duro y si no acabé mal de la cabeza fue porque estoy hecha de buena madera como mi abuelo. Lo peor venía a la noche cuando no me atrevía a mover ni un dedo, de miedo de que me oyese un *mamuxarro*¹ enorme, que llevaba máscara de hierro como uno que ví en Unanua. El *mamuxarro* pensaba yo que era mudo y ciego pero que podía oírme. Por desgracia, los niños no hablan de sus miedos y yo no le conté nada a mamá aunque ella subía cada noche con su palmatoria.

No iba a la escuela de niñas del pueblo y fue mamá la que me enseñó a leer, a escribir y a contar. También me enseñó más tarde a tocar el piano, a coser y a hacer bonitas labores. Nunca salía sola de casa ni me estaba permitido jugar con las otras niñas porque no eran de la misma condición y pasaba muchísima envidia al verlas corretear. Tenía diez años

¹ Mamuxarro: personaje del Carnaval en la Barranca

cuando me llevaron mis padres a Tudela, a ver a Nicolasita y no puedo explicarles la alegría que sentí al verla. La encontré mayorcísima, con sus trenzas ya recogidas en un moño y la abracé hasta perder el aliento. Ella me dijo que fuera muy buena y que rezase mucho. Al volver, me dijo mamá que Nicolasita quería ser monja y que se quedaba en el noviciado. ¡Fue como si se hundiese el mundo! En la diligencia, iban mis padres muy serios y tristes, pero la tía María Josefa que nos había acompañado, parecía muy contenta. En casa, me dijeron las criadas que ella había pagado la dote de mi hermana.

Cuando hacía mal tiempo y no podía estar en el jardín, me aburría tanto que no sabía qué hacer mientras los mayores echaban la siesta, así que empecé a curiosear entre los libros de papá. Casi todos eran de leyes o de devoción, pero había algunas novelas y una de ellas me llamó la atención por el grabado en colores que representaba a un salvaje, con plumas en la cabeza, abrazando a una moza con velo blanco. El libro lo había escrito un señor francés que se llamaba Chateaubriand y del que nunca había oído hablar. Mientras leía, mi corazón palpitaba como si estuviera haciendo algo malo y me pudiera sorprender papá y así, me enteré yo de aquella historia de amor y muerte que me pareció un tremendo secreto. Todos los días, a la hora de la siesta, volvía a mi lectura. Empecé a tener ensoñaciones en las que yo era la doncella del velo blanco que se llamaba Atala. Me entraron ansias de no sé que y aunque parezca mentira, mi cuerpo floreció como un capullo y un día, vi que había manchado de sangre mi sábana. Asustadísima, se lo conté a mamá que se rió un poco y me dijo que era porque estaba creciendo mucho y que me ocurriría cada mes. También me dijo que aquello no era algo de lo que se hablara con señores. En la cocina, donde las criadas no se andaban con melindres, me

explicaron que ahora ya podía tener niños y que debía tener cuidado con los hombres. Con toda esa historia me sentí dueña de un poder mágico que debía guardar para mí sola.

2

Como ya sabrán, la Barranca se parece a un pasillo ancho y largo entre sierras y los que viven allá, que quieras o que no, están siempre mirando a los montes. De allí venían los primeros rayos de sol que entraban en mi alcoba y por las tardes, allí se solían ocultar en medio de resplandores rojos como la sangre. A veces, la bruma bajaba de los montes y parecía que entraba hasta los huesos. En invierno, al aparecer en lo alto las primeras nieves, te entraba gana de correr y de jugar. En otoño, de vez en cuando soplaban un viento tibio y las sierras parecían estar muy cerca. Entonces decían las criadas que los locos andaban más locos y que los sanos también hacían de las suyas. Quizás fue el viento sur lo que me hizo subir a una gran higuera y desde sus ramas, pasar a lo alto de la tapia. Desde allí me deslicé, ensuciándome la falda y las enaguas, hasta llegar al suelo. No sabía lo que buscaba fuera del jardín, pero iba tras el amor y la vida.

Para no encontrarme con nadie, subí por una ladera empinada hasta un caminito escondido entre los robles por donde alguna vez había paseado con Nicolassita y una sirvienta. Allí oí el ruido que hacía la diligencia de Alsasua y me dije que algún día iría yo en diligencia a Pamplona donde podría asistir a los saraos con un vestido precioso. Cuando volvió el silencio, seguí andando como una bobita y cuando oí el grito de un águila ratonera, miré hacia arriba y perdí pie, cayendo por un tramo muy pendiente. Al querer levantarme sentí un fuerte dolor en el tobillo y comprendí que no iba a poder andar. Me entró miedo, porque en esa parte del año anochece muy pronto y me arrastré sobre el trasero hacia el borde del camino desde donde me dejé caer dando vueltas

como hacíamos mi hermana y yo algunos días de verano, pero abajo me esperaba una figura negra, una mujer vieja que yo no conocía. Con una voz ronca que parecía de hombre, me preguntó en vascuence que a ver que hacía yo por aquellos andurriales. Tartamudeando le expliqué que me había torcido el tobillo y entonces ella, sin decir palabra, cargó conmigo como si fuera un fardo que se echa a la espalda. Echó a andar y llegamos hasta un caserío muy viejo y de aspecto pobre que ya había visto alguna vez. La mujer entró y me dejó encima de un camastro que no olía a rosas...Me tapó con una manta y encendió un candil y luego la lumbre. Era vieja y desdentada pero parecía más fuerte que un toro

–¿Qué haces tú, chiquilla, a estas horas?. Tu madre estará asustada. –.dijo clavándome unos ojos grises todavía muy hermosos a pesar de las legañas

Le dije que me aburría de jugar sola en el jardín y que me había escapado a dar un paseo.

–Sí, sí. Las hijas de los ricos tiene tiempo para aburrirse.

En la lumbre puso leche a calentar y cuando estuvo a punto, la echó en un tazón desportillado y ví como añadía unas gotas de una botella. Me lo hizo beber y yo, que no había probado licores, noté un gusto muy raro. Entonces comprendí que aquella mujer desconocida era María *Amalaucoño*² de la que se hablaba mucho en la cocina. Decían que si era bruja y curandera, que de joven fue muy loca y que tuvo un hijo al que vendió en la feria de Alsasua a una mujer estéril que tenía dinero.

Por primera vez en mi vida escuché aullar a los lobos y me estremecí pensando en aquellos animales temibles que podían acabar en una noche con un rebaño de ovejas y que se podían llevar a un niño pequeño en las fauces. La mujer mirando hacia la ventana, dijo como se hablara sola

² Amalaucoño: en euskera, catorce coños

–De la sierra de Urbasa vienen. Están hambrientos

El aguardiente que la mujer había puesto en la leche me hizo amodorrarme, pero me espabilaron cascos de caballos, voces de hombre y unos golpes tremendos en la puerta. Era mi padre que pedía entrar y la mujer abrió sin prisas.

A pesar de la alegría que debían tener, mis padres me riñeron mucho y me mandaron subir a mi alcoba sin cenar ¡Con el hambre que yo tenía! Cuando ellos se retiraron, estuvieron hablando mucho tiempo. Mamá hablaba en voz muy baja, pero mi padre a veces gritaba y escuché varias veces las palabras “peligro” y “colegio”, con lo que adiviné que iban a enviarme a Tudela.

Unas semanas después me llevaron mis padres a Tudela. Ahora pienso que mi padre debía estar asustadísimo para gastar tanto, aunque el colegio de mi hermano, lo pagaba la tía María Josefa... Al principio, se hizo un poco duro pero tenía la alegría de ver a lo lejos a Nicolasita con su velo de novicia. Además hice amigas enseguida y aunque no era muy trabajadora, se me daban muy bien el francés, el piano y las labores